

atravesando las primeras filas, marchó derecho á los Troyanos. Como alguna vez el gabilan ligero persigue á las bandadas de los grajos, ó de los estorninos; tal entónces ibas, noble Patroclo, furibundo tú contra los Troyanos y los Licios, porque inflamado el corazón tenías en ira por la muerte de Epigeo. Con una piedra, pues, hirió en la nuca á Estenelao, el hijo valeroso del anciano Íteménes, y con ella el cuello le rompió. Retrocedieron los Troyanos al verle, y el famoso Héctor también. Cuanto alcanzar el tiro suele de lengua pica si lanzada es con empuje por algún valiente, ó ya sea en los juegos, ó en las lides contra los enemigos; tanto ahora retrocedieron los Troyanos todos, y tanto les siguieron el alcance los Aquivos. Mas Glauco fué el primero que volviendo la cara dió la muerte al valiente Baticles, el nacido de Calcon. Habitaba este guerrero en Hélade, y en mucho aventajaba en tesoros y haciendas á los otros Mirmídonos; y Glauco, de repente volviéndose hácia él cuando en la fuga ardiente le seguía y de alcanzarle estaba cerca ya, le hirió en el pecho con su lanza. Cayó sobre la arena, y en ronco ruido resonó en contorno la tierra, y de dolor espesa nube oscureció los ojos de los Griegos, porque un valiente capitán cayera; pero mucho los Teucros se alegraron, y en derredor de Glauco reunidos hicieron alto. Entónces los Aqueos del antiguo valor no se olvidaban; que llenos de furor acometían. Y el primero de todos, Meriónes á un adalid mató de los Troyanos, Laógono llamado, hijo valiente de Onetor, el antiguo sacerdote de Júpiter Ideo, y venerado por todo el pueblo á igual de las Deidades. Bajo de la mejilla y de la oreja le hirió el Aquivo, y afligida el alma el cuerpo abandonó, y oscura sombra

le cercó en derredor. Después Enéas á Meriónes lanzó su herrada pica, esperando por bajo del escudo, que sobre la cabeza levantado llevaba, herirle; pero vió el Aquivo venir la pica, y evitó su golpe bajándose inclinado hácia adelante. Y el asta por detrás sobre la tierra cayendo se clavó, y el otro extremo estuvo retemblando todavía hasta que al fin perdió la fuerza toda el poderoso hierro. Cuando Enéas vió que la pica de su fuerte mano volara inútilmente y en la tierra quedara fija, se indignó, y al Griego, esforzando la voz, así decía:

«¡Meriónes! por más que ejercitado
»en batallas estés, mi poderosa
»lanza por siempre de la lid sangrienta
»alejado te habría, si alcanzarte
»hubiera yo logrado.» Y Meriónes así le respondió: «Difícil mucho
»es que tú, aunque valiente hayas nacido,
»quites la vida á los guerreros todos
»que contigo batallan en las lides;
»también tú eres mortal. Y si yo ahora
»herirte logro con mi aguda lanza
»en medio el corazón, por más que seas
»esforzado adalid, y de tu brazo
»confíes en la fuerza, á mi alta gloria
»pronto darías, y á Pluton el alma.»

Pero el hijo animoso de Menetio al escucharle se indignó, y le dijo:
«¿Por qué tú, Meriónes, si te precias
»de valiente, en inútiles discursos
»pierdes el tiempo? ¡Amigo! Con injurias
»no haremos que abandonen los Troyanos
»el cadáver; es fuerza que primero
»alguno caiga en tierra. Las batallas
»se ganan con los puños; en las juntas
»vienen bien las arengas. Así, ahora
»no más razones haya; á la pelea.»
Dijo, marchó el primero, y Meriónes, igual á una Deidad, siguió sus pasos.

Como en el monte caen las encinas con fragor estruendoso cuando el hacha del leñador las corta, y á lo léjos Eco repite el espantable ruido; así entónces, heridos los escudos por las espadas y cortantes picas,

estrépito espantoso resonaba en la inmensa llanura. Y ningún hombre, por perspicaz que fuese, ya el cadáver de Sarpedon reconocer prodria; tan cubierto de lanzas, y afeado con la cuajada sangre y con el polvo, estaba de los pies á la cabeza; y en derredor los Griegos y Troyanos lidiaban. Como suele en los rediles en torno de los tarros de la leche zumbar de moscas numeroso enjambre, cuando ya llega la estación florida y ordeñan el ganado; así los Griegos y Troyanos en torno del cadáver estaban en espeso remolino.

En tanto Jove, que jamás los ojos apartaba del campo de batalla y fijos en las haces los tenía, meditaba solícito en su pecho sobre la muerte de Patroclo; y mucho en su ánimo dudaba si ya entónces, allí de Sarpedon sobre el cadáver, Héctor le mataría con su lanza y de sus hombros luego la armadura le quitaría, ó si mayor estrago él haría en los Teucros. Estas dudas la Deidad en su mente revolvía, y al fin le pareció más acertado que el amigo de Aquiles á los Teucros y á Héctor segunda vez hácia los muros de Troya retirase, y que la muerte á muchos otros diera; y el primero en Héctor infundió la cobardía. Subió el héroe en su carro y á la fuga tímido se entregó, y á sus legiones todas mandó que huyesen; porque viera que Jove sus balanzas inclinaba en favor de los Griegos. Ni los Licios, aunque valientes eran, por más tiempo osaron resistir; que en fuga todos se pusieron, y al Rey abandonaron. Y herido el corazón, muerto yacía entre muchos cadáveres; que muchos en torno de él cayeron cuando Jove allí encendió la lid asoladora. A Sarpedon las armas relucientes de finísimo bronce fabricadas de los hombros quitaron los Aquivos, y el hijo valeroso de Menetio á su gente las dió porque á las naves

las llevaran; y á Febo el padre Jove así dijo en palabras voladoras:

«Marcha tú, amado Febo, y el cadáver
»saca de Sarpedon de entre las flechas,
»y llevado del río á la corriente,
»lávale allí. Después con ambrosía
»úngele dulce y de inmortal ropaje
»le viste, y á la Muerte se le entrega
»y á su hermano mellizo el dulce Sueño,
»para que le acompañen y le lleven
»en rápida carrera al poderoso
»reino de la ancha Licia, y sus hermanos
»y deudos le sepulten y erigido
»un túmulo soberbio la columna
»pongan con inscripción; que estos honores
»debidos son á los que ya murieron.»

Así dijo; y Apolo, de su padre obediente al mandato, de los montes bajó del Ida al campo de batalla. Y á Sarpedon sacando de los tiros, muy léjos le llevó; y en la corriente lavándole del río; ungióle luego, con ambrosía, y de inmortal ropaje vistió el cadáver frío y á la Muerte y al Sueño le entregó. Veloces ambos á las vastas llanuras de la Licia le condujeron, y en su regio alcázar para que le enterrasen le dejaron.

Entre tanto, Patroclo á los bridones y á Automedonte á caminar ligeros con su voz aguijaba, y á los Licios y Teucros perseguía; pero ahora grande error cometió. ¡Necio! si hubiera el mandato del hijo de Peleo fiel observado, de la triste Parca libertado se hubiera. Pero siempre los consejos de Jove superiores á los del hombre son; que veces muchas al guerrero acobarda más ardido, y fácil la victoria de las manos le arrebató, después que á los combates él mismo le envió. Y así á Patroclo dentro del alma entónces mucho brío infundió, porque ardiente pelease.

¿Quién, infeliz Patroclo, fué el primero y el último á quien vida y armadura quitaste tú, cuando á la negra muerte los Dioses te llamaban? Fué el primero Adrasto, y Autonoo, Périmo, el hijo de Mégas, Melanipo, el fuerte Elafo,

Equeclo, Epistor, Mulio, le siguieron, y el postrero de todos fué Pilártes. A estos mató, y los otros en la fuga, despavoridos, la salud buscaban. Y aquel día los hijos de los Griegos la opulenta ciudad de los Troyanos por las manos tomaran de Patroclo, que de su escuadra adelantado mucho cual furia del averno combatia, si de Ilión sobre la excelsa torre Apolo no se hubiese colocado para mal de Patroclo, y á los Teucros para de allí ayudar. Hasta tres veces, apoyado en el codo, á la muralla subió el héroe, y tres veces derribado fué por Apolo; que el luciente escudo hiriendo con sus manos inmortales, le hizo bajar. Y cuando ya la cuarta acometió furioso cual si fuese una Deidad, el Flechador Apolo en triste voz le amenazó, y le dijo:

«¡Retírate, Patroclo! que los Hados no á tu lanza conceden que de Troya rinda los altos muros, ni tampoco á la de Aquiles, que en pujanza y brío mucho á tí se aventaja.» Así decía; y Patroclo, á su voz retrocediendo, no poco se alejó, porque temia del Flechador Apolo la venganza.

Héctor en tanto hacía la puerta Escea estaba con su carro y sus bridones, mucho dudando si volver debia á la pelea, ó á la hueste toda mandar que se acogiese á la muralla. En tanto que así estaba irresoluto, Febo se le acercó, rostro y figura tomado habiendo del valiente jóven Asio, hijo de Dimante, que habitaba en Frigia del Sangario en la ribera y era de Hécuba hermano. La figura habiendo, pues, tomado de este jóven, así le dijo Apolo: «¡Héctor valiente! ¿por qué de la pelea te retiras? No te está bien. Si cuanto me aventajas á mí tú en el valor yo te excediera á tí, pronto verias cuán funesto hoy era para tí de la batalla haberte retirado. Marcha ahora, y en busca de Patroclo tus bridones encamina. ¿Quién sabe si la muerte

»darle conseguirás, y el claro Apolo esta gloria te tiene reservada?

Así Febo decía, y en la turba á ocultarse marchó de los Troyanos; y Héctor á Cebrion que los bridones con el sonoro látigo aguijase mandó. Y en tanto Febo, entre las filas oculto ya, descomunal batalla suscitó, á los Aquivos dolorosa, á Héctor y á su falange nuevos triunfos facilitando. A los demás Aqueos Héctor dejaba y ni matar queria, y en busca de Patroclo sus bridones dirigia veloz. Cuando el Aquivo cerca de sí le vió, saltó del carro, y en la mano siniestra la alta pica empuñada teniendo, con la diestra un enorme peñasco alzó del suelo, cándido, puntiagudo, que la mano llenaba toda: y la robusta planta afirmando en la tierra, con inmenso empuje le arrojó. No tardó mucho en alcanzar con él á un combatiente, ni en vano le arrojó; que al escudero de Héctor, á Cebrion, hijo bastardo de Priamo, que el carro gobernaba, en medio de la frente con la piedra herir logró, y entrambos sobrecejos la piedra hizo pedazos; ni al impulso el hueso resistió. Sobre la silla á los piés del Troyano sus dos ojos cayeron; y él, como ligero buzo que se arroja á la mar, cayó del carro y el alma huyó del cuerpo. Y tú, Patroclo, viéndole así caer, para insultarle en amargas razones le dijiste:

«Por mi vida, que es ágil el Troyano, ¿cómo salta á lo buzo! Si estuviera dentro del mar pescando, fácilmente saltara de la nave, aunque las olas en hórrida borrasca enfurecidas estuviesen; y pesca para muchos sacaría, debajo de las peñas ostras buscando: tal ha sido ahora la mucha ligereza con que al suelo desde su carro se arrojó. Parece que tambien tienen buzos los Troyanos.»

Así dijo, y en rápida carrera á Cebrion se arrojó como se arroja el furioso leon á los establos,

y los despuebla, hasta que herido cae de aguda flecha y su valor le pierde. Así entónces, Patroclo, tú saltabas, respirando furor, sobre el Troyano. Y Héctor saltó tambien sobre la arena desde el carro, y en torno del cadáver de Cebrion entrambos peleaban cual dos leones que en las altas cumbres de un monte, hambrientos ambos, furibundos pelean por el ciervo que ha matado el uno de los dos. Así furiosos los dos esclarecidos campeones, el valiente Patroclo y el ardido Héctor, de Cebrion por el cadáver combatian, y mucho deseaban el uno al otro con agudo bronce herirse. Y Héctor, la cabeza asido habiendo del cadáver, la tenia, y Patroclo los piés, y los restantes Aquivos y Troyanos la batalla entre tanto seguian clamorosa.

Como el Euro y el Noto embravecidos combaten entre sí, la selva umbría que del monte corona las alturas agitando; y las hayas, y los fresnos, y frondosos cornejos, de continuo con sus ramas se azotan uno al otro en inmenso ruido, y al romperse dan chasquidos horribles; así entónces Aquivos y Troyanos se mataban en repetido encuentro, y ya ninguno á la fuga cobarde se acogia. Y en torno á Cebrion sobre la tierra muchas lanzas agudas se clavaron y voladoras flechas que saltaban de los arcos, y muchos y muy grandes peñascos los escudos deshicieron de los Teucros y Aquivos que en contorno peleaban, y el mísero yacia de polvo en un oscuro remolino. Y siendo agigantado en la estatura, largo trecho ocupaba de la tierra, y para siempre ya la gran pericia en manejar bridones olvidara.

Miéntas el sol á la mitad del cielo aun no habia llegado, en ambas haces los astiles volaban, y caian los combatientes. Cuando ya al ocaso el sol se encaminaba presuroso, contra los que los Hados dispusieran

vencedores quedaron los Aqueos; y á Cebrion sacaron de los tiros y el bélico tumulto, y la armadura de los hombros al fin le desataron. Patroclo entónces, cual rabiosa furia, de nuevo á los Troyanos por tres veces acometió, á Mavorte parecido, horribles voces dando, y con su lanza en cada vez á nueve campeones por tierra derribó. Cuando ya ciego de furor, cuarta vez acometiste, entónces, oh Patroclo, de tu muerte el momento fatal ya se acercaba; porque Febo á encontrarse en la pelea salió contigo, y verle no podias. De oscurísima niebla rodeado venia el Dios, y á sus espaldas puesto, le hirió de plano con su fuerte diestra en los riñones y anchurosos hombros, y en repentinos vértigos del héroe los ojos se turbaron. En el suelo le derribó despues de la cabeza Apolo el yelmo, que rodando vino, con hórrido fragor, de los caballos á los piés, y en el polvo y en la sangre manchadas fueron las hermosas crines del penacho, que nunca hasta este dia fuera dado manchar miéntas el yelmo de un valiente caudillo la cabeza y la gallarda frente defendia, de Aquiles. Pero Júpiter entónces á Héctor queria la funesta gloria otorgar de que puesto le llevase, porque tambien el mísero tenia ya cercana la muerte. Entre las manos la pica de Patroclo, poderosa, y larga, y muy pesada, y guarnecida de agudo hierro, se rompió; y del hombro, roto ya el correon, sobre la arena cayó el ingente escudo, y la coraza de Jove el hijo, el soberano Febo, le desató. Calamidad tan grande le quitó la razon, perdió las fuerzas y atónito paróse. Y por la espalda, entre los hombres, con aguda pica un Troyano le hirió llamado Euforbo, hijo de Pantoó, que á sus iguales, en manejar la pica con destreza, en dirigir de un carro los bridones, y en los ligeros piés aventajaba;